

poder del Estado: que la fecha del reinado de los Borbones debía rejuvenecerse y confundirse con la fecha de la caída del Imperio: que la necesidad y la prudencia imponían al rey el reconocer, á lo menos de hecho, la existencia de los gobiernos que habían regido la Francia ya hacia veinte y cinco años; y que si las familias reales tenían intrigas, las naciones no. En fin, aumentó desmesuradamente á los ojos del príncipe desterrado, la importancia de aquel pequeño grupo de hombres ambiciosos de que estaba rodeado en París, y que según él tenían la opinión y la corona en sus manos ofreciéndola en cambio de una constitucion dictada por ellos, y retirándola en cambio de una constitucion emanada del monarca. En una palabra, pareció poner el trono y la entrada en París á precio de las condescendencias que proponía al rey, justas unas, tímidas é impolíticas otras.

## XXXVIII.

Luis XVIII le escuchaba con impaciencia, é interrumpía con libertad, y le contestó con imperturbable firmeza: «Estoy asombrado de tener que recordar á un emperador de Rusia, le dijo, que la corona no pertenece á los súbditos, ¿con qué título un Senado, instrumento y cómplice de todas las violencias y locuras de un usurpador, poblado de sus mas serviles y criminales hechuras, dispondria de la corona de Francia? ¿Acaso le pertenece? Y aun cuando efectivamente le perteneciese ¿la ofrecería libremente á un Borbon? ¿No hay en su seno hombres viciados en la revolucion de 1783, y manchados con la sangre de un Borbon decapitado? Soy demasiado ilustrado, para dar al derecho divino la significacion que las supersticiones religiosas y populares le atribuían en otro tiempo; pero ese derecho divino que ni para vos ni para

mi es mas que una ley del buen sentido pasado en política inmutable por la trasmision hereditaria del derecho de soberanía, ha llegado á ser tambien una ley de la nacion, violada por diez años y seguida por diez siglos. La muerte de mi hermano y de mi sobrino me han transmitido ese derecho; y en virtud de ese titulo estoy aquí y la Europa me está llamando, para restablecer en mí no un nombre, no una raza, sino un principio. Yo no tengo otros que presentar á la Francia ni los quiero tampoco. La aceptacion de otro título, haria desaparecer en mí este. Soy rey y entonces seria un mendigo del trono. ¿Y qué otro derecho tendria yo fuera del que la sangre ha hecho circular por mis venas? ¿Qué soy yo? un anciano enfermo, desgraciado, proscripto, reducido largo tiempo á pedir una patria y un pedazo de pan en tierras extranjeras; tal era yo hace pocos dias, pero este viejo, este proscripto era el rey de Francia, y he ahí por qué V. M. se halla aquí; he ahí porque una nacion entera que no me conoce mas que de nombre, me ha llamado al trono de mis padres. Acudo á su voz, pero vuelvo rey de Francia en donde todavía no soy mas que un proscripto.

«Vos mismo, añadió dirigiendo á Alejandro una mirada como de muda reprehension por lo inconducente de su demanda, ¿en virtud de qué título mandais á esos millones de hombres cuyos ejércitos habeis conducido para libertar mi trono y mi pais?» Alejandro conoció la fuerza de aquella interrogacion y se limitó á negar la omnipotencia de los hechos consumados y los consejos imperiosos de las circunstancias. Pero Luis XVIII no se rindió á aquellas razones que, según él, rompían el cetro en sus manos, y le dejaban á merced de un cuerpo que si hoy era obediente mañana podia ser sedicioso. «No, dijo, yo no mancillaré con una cobardía el nombre que llevo y los pocos dias que me restan que vivir; no compraré un favor movable de opinion á precio de un derecho sagrado mio, de mi casa y de mi principio. Sé que debo á vues-

tras armas victoriosas la libertad de mi pueblo; pero si esos importantes servicios debiesen poner á vuestra disposición el honor de mi corona, apelaría á la Francia y me volvería al destierro.»

## XXXIX.

La Francia entonces casi unánimemente habria contestado al llamamiento del rey, proclamándole nuevamente. La marcha de Luis XVIII, hubiera sido la señal de nuevos obstáculos, de graves agitaciones para los aliados. Alejandro se intimidó á su vez: se limitó á recordar al rey los compromisos medio consentidos por el conde de Artois, su hermano, á su entrada en París. Luis XVIII no los desmintió, pero fingió satisfacerlos por la promesa de una declaracion ó de un decreto que los confirmase de su libre y espontánea autoridad, en vez de aceptarlos como una ley de los aliados y una condicion de su pueblo.

Alejandro salió de aquella conferencia vencido y asombrado. Habia creido encontrar un anciano de espíritu débil, sediento de trono, y que se conceptuaria muy dichoso en recobrarle á cualquier precio. Pero encontró un talento superior, una fé obstinada, una elocuencia magestuosa, un carácter inflexible, un rey que todavía podia rechazarse, pero que una vez sentado en el trono se colocaria por su legitimidad al nivel y aun por encima de sus libertadores.

El emperador de Austria y el rey de Prusia llegaron mas tarde á Compiègne y no renovaron con Luis XVIII las tentativas de Alejandro. Aquellos soberanos, menos supeditados por los jóvenes cortesanos del Imperio; por los antiguos restos de la revolucion, estaban mas dispuestos por su carácter y por el de sus ministros á sostener la

autoridad personal del rey, que á debilitarla con timidas concesiones. Alejandro les era sospechoso sino de complicidad con la revolucion, al menos de juventud y de debilidad con los revolucionarios. Aquel mismo dia se reunieron en la mesa los cuatros soberanos y sus principales tenientes. Bernadotte, ese rey de Suecia antiguo jacobino que habia llegado al trono y que combatia contra su patria por conservar su corona, asistia tambien á aquel banquete. Uno de los augustos convidados habiendo hablado al rey con la libertad propia de un banquete, de aquella movilidad de francés que le precipitaba con la misma facilidad en la insurreccion que en la servidumbre; «Haceos temer, señor, dijo Bernadotte á Luis XVIII, y os amarán: salvad únicamente con ellos el honor y las apariencias: tened guantes de terciopelo y manos de hierro.» Aquellas palabras han quedado como un dogma para los ambiciosos.